

ciones al derecho de asilo, sus permanentes denuncias sobre las duras condiciones en las cárceles y la general inobservancia de los derechos humanos en la Argentina, son aspectos de su larga búsqueda de la justicia. Luchó con armas legales y políticas, y con creciente coherencia, contra la violencia institucionalizada. Después del último golpe militar, siguió defendiendo a presos políticos, asumiendo el riesgo que ello implicaba. Por eso había que acallar su voz, silenciarlo, hacerlo desaparecer.

Por él, y por tantos otros como él, el pueblo argentino mantiene una memoria dolorida, tenaz, implacable.



MARÍA TERESA BARVICH

Tenía 24 años cuando fue asesinada en la calle Honduras 4183 de Capital Federal el 24 de noviembre de 1975. En su caída actuaron grupos de tareas de Prefectura Naval, Ejército Argentino, Investigaciones de la Plata, Triple A y SIDE. Muere en uno de los tantos enfrentamientos que nunca existieron. Los diarios de la época dijeron que actuaron más de 100 efectivos -más de 100 efectivos para entrar a una casa donde había 5 personas grandes entre 22 y 26 años y 3 chicos-. Los vecinos dijeron que entraron disparando y que era tanto el despliegue que llamaron a la comisaría 21 por que tenían miedo de que estuviesen tomando el barrio. En esa casa murió Tere, hubo un compañero herido y a los otros los detuvieron acusados de coser una bandera.

En el año 1999 fue declarada como una de las primeras muertes por el terrorismo de Estado bajo el gobierno “democrático” de Isabel Perón. Ésta es la crónica de su muerte.

La historia de su vida no puedo escribirla separada de la mía. Tere (como le decíamos nosotros) era linda por fuera y era linda por dentro. Militante popular. Perteneíamos a esa generación que quería cambiar el mundo, que quería un mundo mejor para todos. Eso habíamos mamado en mi casa desde chicas. Mi viejo había participado de aquel histórico 17 de octubre, delegado sindical de la fábrica en la que trabajaba. Nuestra infancia se podría decir que fue “pobre” (vivíamos los 5 o sea mis viejos, mi hermano y nosotras en una pieza de 4x4), pero feliz, de recuerdos imborrables, de la mesa que se transformaba en un grandioso tobogán en la que nos deslizábamos hasta la cama que, a su vez, se transformaba en el más increíble trampolín para saltar a la otra cama. Nunca faltaban los caramelos en el bolsillo de mi viejo cuando llegaba de trabajar y la búsqueda para encontrarlos formaba el juego más apasionante. A esta altura, mi viejo era changarín (contaba naranjas en Chacarita para ponerlas

dentro del cajón) y siempre nos transmitió su sensibilidad social. Perón y Evita eran temas cotidianos en la mesa de nuestra niñez. Me basta cerrar los ojos para ver la emoción que se reflejaba en la cara de mi mamá cuando hablaba de Evita. Nunca nos sentimos pobres, mi vieja hacía de las cosas más simples los platos más exquisitos, cómo olvidar los cumpleaños con esas ollas de chocolate caliente revuelta durante horas, sus pizzas, cómo olvidar nuestros sábados de cine y domingos de pileta en Nuñez... Y así fuimos creciendo y transformándonos en adolescentes jóvenes y chispeantes pero sensibles a la realidad social que nos tocaba vivir. Tere estaba de novia con Carlos (todavía hoy la sigue esperando) y un día apareció en mi vida Jorge (con él, seguimos estando juntos). El hablaba de Perón y Evita como lo hacían mis viejos, hablaba de los Montoneros y la resistencia para que pudiese volver. Con el *Perón Vuelve* comenzó nuestra militancia en la Juventud Peronista, acaloradas e interminables discusiones con los compañeros (si era conveniente pintar la escuela del barrio el sábado o el domingo, qué día íbamos a la villa a enseñarles a leer a los chicos o cuándo se organizaba la entrega de comida). Lo cierto es que compartíamos nuestra militancia y también nuestra vida y ella incluía las salidas de los fines de semana a bailar con nuestros novios. Las dos trabajábamos. Tere en una agencia de publicidad y yo en una marroquinería cuando llegó Cámpora y su corto gobierno pero. ¡qué buenos aires que trajo! Juntas estábamos en Ezeiza cuando se produjo la masacre organizada por la derecha peronista. Perón volvió, fue presidente y de a poco, comenzamos a ver que las cosas no eran como habíamos pensado y aquel 1º de mayo de 1974 nos fuimos de la plaza puteando y llorando. Yo me fui antes de la JP, Tere después, pero cuando murió Perón, fuimos y lloramos con todo el pueblo. Mi militancia terminó con la muerte de Perón, pero ella era más persistente que yo y se unió al Peronismo de Base y más tarde junto con éste al Partido Revolucionario de los Trabajadores. Siempre militó con entusiasmo y creyendo realmente que era el momento histórico para cambiar las cosas.

Ese 4 de noviembre nos vimos al mediodía, doblando en la esquina de mi casa, intercambiamos algunas palabras y le dije que esa noche iba a conocer a mis suegros, me deseó suerte nos dimos un beso y me dijo "nos vemos esta noche". Cuando volvía esa noche en el colectivo lloré desconsoladamente; Jorge me preguntaba por qué, si los viejos me habían tratado mal, yo le decía que no, que no sabía que me pasaba, después supe que era la hora en que a ella la habían matado. La buscamos durante una semana, de la comisaría 19 nos mandaban a la 21, de ahí a la 23, de aquí a Investigaciones de la Plata y vuelta a empezar. Todos negaban haber participado del hecho y todos nos decían que había sido la otra. Logramos recuperar su cuerpo porque un agente de la 21 se apiadó de nosotros y nos dijo en voz muy baja casi imperceptible: "no se olviden de la morgue". Y allí estaba, por esas ironías de la vida, junto a un mural enorme del "Che". Después a mi me tocó la cárcel, pero eso ya es parte de mi historia. Sus compañeros muchos años después me contaron cómo la habían

ejecutado y Horacio Verbitsky, en una investigación que salió en *Página 12*, en un artículo que tituló “Cuestión de Fe”, contó la injusticia de la justicia. Hoy todavía todos la extrañamos, nos falta su risa, tenemos un espacio vacío en nuestra mesa. Me hubiese gustado compartir mi mesa con ella, mis hijos y mis nietos. Tengo muy pocas fotos para compartir, 2 ó 3, porque hasta eso nos robó la policía, pero nunca pudieron robarnos nuestra memoria, pude transmitirles a mis hijos y a mis nietos nuestra historia de vida. Siempre vamos a la plaza a pedir JUICIO Y CASTIGO a todos los responsables, CÁRCEL A LOS GENOCIDAS y sé que el día que yo ya no esté, estarán mis hijos y luego sus hijos, para que nadie olvide que detrás de cada uno de nuestros muertos y desaparecidos había una historia de vida, amor, solidaridad, esperanza y lucha por un mundo mejor.

Alicia Barvich



GERARDO BRUGO MARCÓ

Nació en Paraná (Entre Ríos) el 9 de noviembre de 1940. Fue el segundo hijo varón de una familia numerosa, tradicional de su Provincia y de reconocida y coherente militancia católica. Hizo la primaria en el Colegio de La Salle de Paraná. En la secundaria estuvo siempre pupilo, primero en Esperanza (Santa Fe), con sacerdotes de origen alemán; luego estuvo hasta recibirse de bachiller, con excelentes notas, en el Colegio San José de la Ciudad de Buenos Aires. Estudió hasta tercer año de Ingeniería Química en Santa Fe. En esa época, comienzos de los años '60, en los Colegios Mayores, los cuales eran dirigidos por sacerdotes, no estuvo ajeno a las inquietudes por la liberación nacional y social, fruto de las lecturas y discusiones de las ideas revolucionarias del último siglo.

Hizo un año en la Marina Mercante, que dejó para casarse y se fue a vivir a Río Gallegos. Estuvo allí cuatro años y cursó también el profesorado de matemáticas, mientras trabajaba en el Banco de Santa Cruz. Pidió el traslado a Buenos Aires, se divorció y se volvió a casar. Regresó nuevamente a Santa Cruz, esta vez a Calafate. Allí nació su hija. En el año 1972 lo trasladaron nuevamente a Buenos Aires.

Durante su adolescencia ganó muchos premios de natación, en su ciudad natal y en competencias interprovinciales representando a Entre Ríos. También se destacaba por su osadía al nadar en las heladas aguas del Lago Argentino. Además fue un apasionado del remo.